

# **LOS JUDÍOS Y LAS CRUZADAS.**

## **Las consecuencias y su situación jurídica**

FERNANDO SUÁREZ BILBAO

### **INTRODUCCIÓN**

Las cruzadas son un tema histórico sugerente que ha dado lugar a una abundante bibliografía, en donde se ponen de manifiesto las distintas tendencias históricas, que pretenden dar su propia explicación de este fenómeno complejo. Autores de las primeras décadas del siglo pasado como F. Wilken y G. Michaud, influidos por la tradición eclesiástica católica, veían en las Cruzadas una manifestación de la profunda religiosidad de los pueblos de Europa Occidental en la Edad Media. Según ellos las Cruzadas revelan el sincero deseo de los pueblos, llenos de espíritu religioso, de arrebatar a los musulmanes la ciudad de Jerusalén, con el Santo Sepulcro, y otros lugares sagrados de Palestina, donde había nacido Jesucristo, y donde había transcurrido su vida terrena.

Posteriormente, con la revelación de nuevos hechos, y mediante una interpretación más crítica de los documentos históricos medievales, la mayoría de los historiadores desecharon la ingenua e idealista explicación de las causas que originaron las Cruzadas. Los historiadores de la segunda mitad del siglo XIX y de principios del XX, tras un análisis más profundo de la enorme cantidad de documentos existentes sobre el tema, se centraron en los diferentes fenómenos de la vida económico-social de los siglos XI-XIII, como los auténticos móviles de las Cruzadas: la difícil situación de las masas populares de Europa Occidental, como señalan H. Prutz y T. Wolf; o los intereses comerciales de las ciudades del norte de Italia, que participaron en las Cruzadas, como defiende W. Heyd.

Otros consideraban que el papado fue impulsado a organizar las Cruzadas por razones políticas, así lo entienden L. Brayer, W. Stevenson o W. Norden. O como la necesidad de elevar su prestigio en la lucha contra los Emperadores alemanes, y buscando además la reunificación con

la Iglesia Ortodoxa de Oriente. Algunos historiadores positivistas franceses, como P. Riant, N. De Vally, L. Brayer, A. Luchaire, F. Chalandon; o alemanes, como H. Siebel, H. Pruzt, B. Kügler, T. Wolf, el austríaco R. Rericht o los rusos V.G. Vasilevski, F. I. Uspenski, P. Mitrofanov o D.N. Egorov; explicaban las Cruzadas desde el punto de vista del análisis de los hechos económicos, sociales y políticos, pero manteniendo siempre como eje principal del complejo fenómeno cruzado la idea de choque entre las dos religiones: una lucha entre la Cruz y la Media Luna, como dice H. Siebel.

Los historiadores occidentales más modernos volvieron sobre los planteamientos de sus antecesores del siglo pasado, abandonando el positivismo. Suponía un retorno del idealismo, y las explicaciones para ellos estaban en la exaltación religiosa, que dominó en Occidente en el siglo XI, debida a las reformas eclesiásticas, así como en la guerra santa, que cobró importancia por esa exaltación, así lo expone por ejemplo F. L. Ganshof.

Para Ives le Frevre, uno de los más importantes historiadores franceses, las Cruzadas fueron una lucha por el triunfo de la religión, y en ellas se dilucidaba una sola cuestión: si sería la concepción cristiana o la musulmana la que predominara en el mundo, y si dominarían los Evangelios o el Corán. Estas explicaciones, aunque fundamentales, no son seguramente suficientes para comprender este complejo proceso tan dilatado en el tiempo. Precisamente por su dificultad otros autores han renunciado a explicar el origen del problema, y se limitan a exponer los hechos entendiendo que las Cruzadas fueron consecuencia del ideario de aquel momento; así lo exponen P. Rousset, Lamont o A.S. Atiya.

Con el desarrollo de la historiografía marxista, y sobre todo con los trabajos de los historiadores soviéticos, se dio otra visión del problema. En esta línea E.A. Kosminski, N.P. Gratsianski, V.V. Stoklitski-Tereshkovich, B. N. Zakoder o N.A. Sidorova o incluso el propio M. Zaborov buscan una explicación científica y marxista-leninista de las Cruzadas, buscando la respuesta en cuestiones básicas de carácter social, o de una especial concepción del fenómeno religioso del siglo XI.

Sin embargo, fueron los grandes maestros de nuestro siglo los que han dado a este tema una versión definitiva. René Grousset en su «Histoire des Croisades et du Royaume franc de Jerusalem»<sup>1</sup>, fue el primero en dar una monografía global sobre el tema, completada en obras posteriores, como «La epopeya de las Cruzadas», o sobre todo en su «L'Empire du Levant. Histoire de la question d'Orient»<sup>2</sup>, donde encua-

---

<sup>1</sup> Paris 1934-1936, en tres vol.

<sup>2</sup> Paris 1949.

dra las Cruzadas dentro de un campo histórico más amplio, con criterios muy personales.

Los móviles religiosos fueron estudiados por P. Alphandery en su «La cristiandad y su idea de Cruzada», dentro de la colección «La evolución de la Humanidad» y sobre todo fueron Pirenne y Runciman, los que buscando un análisis global del problema, sobre las personas que las vivieron en el primer caso, y los acontecimientos, esto es, el desarrollo político, el segundo, realizaron trabajos definitivos sobre el tema. El sentido ideológico de la Cruzada ha sido estudiado por E. Delaruelle en su «Essai sur la formation de l'idée de Croisade»<sup>3</sup>. Sobre las instituciones destacan G. Dodu en su «Histoire des institutions monarchiques dans le royaume latin de Jerusalem»<sup>4</sup>, así como la de C. Cahen «La Syrie du Nord a l'époque des croisades et la principauté franque d'Antioche»<sup>5</sup>, y la obra más actual pero algo particular de J. Prawer. Sobre el comercio sólo cabe destacar la anticuada obra de W. Heyd «Histoire de Commerce du Levant au Moyen Age»<sup>6</sup>.

Toda esta bibliografía apenas si dedica a un grupo humano especialmente vinculado a los acontecimientos de las Cruzadas: los judíos europeos y palestinos. La historiografía más antigua obviaba el tema por desconocido, los positivistas no veían en él una cuestión sustancial y para los marxistas apenas era un aspecto sin interés dentro de la lucha de clases. Fue dentro de la visión historiográfica más globalizadora (Runciman, Prawer), donde tiene cabida la búsqueda de explicaciones más concretas y el análisis de fenómenos particulares, como el de la minoría judía en el desarrollo de las Cruzadas.

El cambio social y religioso que se venía produciendo desde los primeros años del siglo XI tienen desde luego un eje fundamental en el hecho de las Cruzadas. La Primera Cruzada significaba transformar el cristianismo en una religión combativa, adoptando la «guerra santa» de los musulmanes. Lo cual iba radicalmente en contra de los principios de la doctrina de la Iglesia.

Durante los siglos X y XI el cristianismo había pasado a convertirse en la religión común de los pueblos de Europa. El paganismo, tan acendrado sobre todo en la Europa Central y Oriental, después de siglos de un esfuerzo misionero notable daba sus frutos y dejaba paso a una verdadera «Universitas Christiana». Finalmente, en el siglo XI se extiende un movimiento muy heterogéneo: el peregrinaje a Jerusalén desde Euro-

---

<sup>3</sup> En el Boletín de literatura eclesiástica de Instituto Católico de Toulouse. 1941-1944.

<sup>4</sup> Paris 1894.

<sup>5</sup> Paris 1940.

<sup>6</sup> Una obra de 1885-86 en dos vols.

pa Occidental. Sin duda alguna este movimiento desempeñó un papel fundamental en la preparación de las Cruzadas<sup>7</sup>.

Lo cierto es que en las peregrinaciones participaron grupos muy distintos de personas, desde miembros de la nobleza, como los condes de Tolosa, de Anjou, Conrado de Luxemburgo en 1085, Roberto de Flandes en el 1088, los condes de Holanda, de Kente o de Normandía; hasta pequeños campesinos e incluso siervos, buscando el perdón de sus pecados, y naturalmente eclesiásticos. La peregrinación más importante fue la del 1064-65, cuando bajo la dirección del arzobispo Sigfrido de Maguncia y el abad Ingulfo de Croyland unos siete mil peregrinos se dirigieron a Jerusalén, pereciendo la mayor parte de ellos en el camino<sup>8</sup>. Estas peregrinaciones eran fundamentales para el papado, y no podía desentenderse de los problemas y dificultades crecientes que sufrían los peregrinos en las expediciones, y consideró necesario tomar medidas políticas y militares.

Por otro lado es indiscutible la importancia que había tenido la reforma monástica de Cluny. El benedictismo «descafeinado» y generalizado, por el desarrollo de la sociedad feudal, se rejuvenecía por el impulso de una reforma religiosa que alcanzaba las más altas instancias de la Iglesia, cuando los papas, primero Gregorio VII y luego Urbano II, ambos procedentes del benedictismo cluniesense, decidieron aplicar a toda la cristiandad, a toda la Iglesia, la reforma de su propia orden, enfrentándose a reyes y nobles para preservar la independencia moral e incluso económica de la Iglesia.

La transformación religiosa suponía transformar en valores cristianos, los propios de la sociedad feudal, la guerra y el espíritu de la caballería. El ascetismo monástico era posible aplicarlos a la guerra y al oficio de caballero, regulando la guerra justa y limitando las causas y los tiempos de la violencia. El proceso se inicia precisamente en el propio concilio de Clermont del 1095, estableciéndose los días de paz y tregua, y concluye en la asimilación de la vida monástica y la acción bélica con la creación de las órdenes militares.

---

<sup>7</sup> El movimiento de las peregrinaciones ha sido visto desde distintos puntos de vista. Mientras que para S. Runciman era un movimiento exclusivamente religioso, y a su explicación dedica el primero de los tres volúmenes de su obra «Historia de las Cruzadas», para Zavorov, de la escuela soviética —para quien la religión, como realidad personal y humana, no tienen sentido—, las peregrinaciones a Tierra Santa estaban motivadas por ansias de riqueza, de poder y para poder comprar objetos suntuosos que sólo se adquieren en oriente, señalando que junto a los grandes señores se unían muchos segundones dispuestos a mejorar su situación. «En consecuencia hay motivos para ver en el peregrinaje de la gente popular una forma de resistencia pasiva de la clase campesina frente a la opresión feudal». Zavorov, *Historia de las Cruzadas*, p. 34.

<sup>8</sup> Para I. LE FEVRE, *Pierre l'Ermitte et la croisade*, p. 55, esta peregrinación fue «el prólogo de la Cruzada».

Las Cruzadas trastornaron durante dos siglos la vida política, religiosa, cultural y socioeconómica de Europa. Provocaron una permanente tensión entre las nuevas vocaciones espirituales, que alternaban con el interés material, y las ideas de mayor generosidad con el más terrible oscurantismo<sup>9</sup>. La enorme circulación de materiales y hombres, ideas y bienes creó una nueva Europa, modificó la relación entre las fuerzas sociales e hizo nacer nuevas aspiraciones.

Estas transformaciones alteraron trágicamente la vida y el destino de los judíos, sobre todo cavaron un foso entre la civilización occidental y los judíos, que nunca más se salvaría; son los orígenes del antisemitismo, es entonces cuando se inició una sistematización de hostilidad hacia los judíos, con la exclusión moral y social y por consiguiente un creciente fervor de los judíos por la idea de retorno a Sion.

Como consecuencia, aunque no pretendida sí inevitable, se produjo una mayor presión sobre los judíos, que habían vivido una época de paz y tranquilidad en la Francia Carolingia. La difusión del cristianismo les convertía en los últimos exponentes de una religión distinta a la universalmente aceptada, y aunque las autoridades cristianas mantenían ante los cristianos que los judíos eran los custodios del Antiguo Testamento, y que por ello contenían los misterios de la Verdad cristiana, como testigos del cumplimiento de las promesas de Dios a los hombres, sin embargo, se iniciaba una escalada de presión con un origen popular. Tenían conocimientos y un superior nivel de formación, vivían en las ciudades y sabían leer y escribir, la población cristiana no podía por menos que considerar que era sólo su tozudez lo que les impedía aceptar la verdad, no su ignorancia, pues conocían bien las promesas de las Sagradas Escrituras.

Los *pituyim*, los himnos hebreos de ese momento ponen de manifiesto las dificultades y presiones que sufrían, y reaccionaron con hostilidad a través de las palabras. En «la luz del Exilio» el rabino Gersom realiza un claro rechazo hacia el cristianismo «*el mortal corrompido (Jesús), que es un recién llegado, ¿que garantía me ofrece?*».

Desde la destrucción del Templo y la diáspora judía, las comunidades extendidas por Europa mantuvieron en Tierra Santa y sobre todo en Jerusalén un punto de referencia obligada, que se manifestaba públicamente todos los Seder al pronunciar dentro del ritual la expresión «*el año que viene en Jerusalén*». Este punto de referencia fue más sentimental que real en la mayor parte de los casos, pero establece un paralelismo entre el cristianismo y el judaísmo por el interés en aquellas tierras, y sobre todo en la Ciudad Sagrada y Mística de Jerusalén. Cuando

---

<sup>9</sup> EISENBERG, J., *Historia del pueblo judío*. 1976, p. 239.



las Cruzadas fracasaron la espiritualidad cristiana no se vio alterada, y volvieron a sentir Jerusalém en el interior de los claustros de los monasterios, como señalaba San Bernardo, y en los corazones, pero para el judaísmo se había iniciado un redescubrimiento de la fuerza mística de la Eretz Israel.

Mientras los judíos en Oriente sufrían en los siglos VIII-X los conflictos internos entre las distintas yesibas y entre las jefaturas de los gaones, los judíos de la diáspora occidental vivieron un período de prosperidad, bien bajo el dominio musulmán que en la Península les fue muy favorable, bien bajo la gran protección del Imperio de Carlomagno. Pero la crisis de ambos poderes y el desarrollo de la inestabilidad en todo Occidente dieron paso a una nueva situación, mucho más grave para los judíos, y por tanto se recuperó en la conciencia judía la importancia de la esperanza en el retorno, la *aliya*, y también de las peregrinaciones. Son numerosos los viajeros judíos, como Benjamín de Tudela, que describen sus peripecias en la peregrinación.

## LOS JUDÍOS EUROPEOS EN LA PRIMERA CRUZADA

### LAS MATANZAS EN FRANCIA Y ALEMANIA

Una de las crónicas judías más famosa de la Edad Media se llama «El valle de las lagrimas», y define muy bien lo que fue la historia de los judíos de Europa entre el 1096, la Primera Cruzada, y la expulsión de Castilla y Aragón en 1492. Comenzó con las Cruzadas un camino de dolor que conducía a la degradación social y a la humillación como hombres, y que dejó entre sus miembros huellas tan profundas que durará hasta la Edad Moderna. Un largo camino de expulsiones y matanzas.

La situación de los judíos europeos a mediados del siglo XI era notablemente inestable. En Francia o Alemania, no tenían ningún tipo de derechos como súbditos y dependían exclusivamente de la protección especial de los reyes, con quienes mantenían a veces, una relación de amistad, y de los grandes señores de las ciudades, en especial los obispos de Renania. Su condición de privilegio respecto a los otros súbditos y la necesidad de dedicarse a actividades económicas de préstamo favorecían un clima que les hacía muy impopulares entre los campesinos e incluso entre la pequeña nobleza.

Al comienzo de las Cruzadas muchos eran los que tenían deudas con los judíos, y las Cruzadas, esto es el peregrinaje a Tierra Santa, se les ofrecía como una liberación, no sólo de sus pecados sino también de

sus obligaciones económicas. Al mismo tiempo hacían responsables a los judíos de sus penurias personales, y por tanto de su imposibilidad de obtener recursos para emprender la marcha: ¿era justo que el cruzado se viese impedido en sus deberes cristianos por las obligaciones contraídas con una raza impía? Por otro lado los pequeños barones, o hidalgos, se vieron en la necesidad de endeudarse con los judíos para poder equiparse para la Cruzada y ¿era justo que para marchar a luchar por la Cristiandad tuviesen que caer en las garras de los miembros de la raza que había crucificado a Cristo? Se habían instalado las condiciones mentales para la hostilidad popular y las matanzas <sup>10</sup>.

También en la Península Ibérica las circunstancias estaban cambiando. Los judíos se habían integrado en el Estado musulmán y ahora que éste se descomponía a manos de los reinos cristianos, éstos veían en los judíos los colaboradores de sus enemigos, por eso hubo una tendencia muy radical a hostigar y maltratar a los judíos. En tiempos de la conquista de Barbastro, con motivo de los malos tratos a los judíos, el papa Alejandro II escribió a los obispos de España para recordarles que existía una gran diferencia entre los musulmanes y los judíos: «*los primeros eran enemigos irreconciliables de los cristianos, los últimos estaban dispuestos a colaborar con éstos*» <sup>11</sup>. Sin embargo, a partir de Alfonso VI los judíos comenzaron a instalarse en los territorios del norte en unas nuevas condiciones jurídicas, mucho más estables y protegidas de lo que estaban en el resto de Europa, y sobre todo porque el integrismo islámico de los invasores africanos les obligaba a convertirse al Islam o abandonar Al-Andalus <sup>12</sup>. Importantes grupos judíos llevaron a cabo desde la Península peregrinaciones e incluso emigraciones a Tierra Santa.

Y comenzaron los primeros ataques, aunque aislados, algunos años antes de las Cruzadas. En Otranto, al sur de Italia, el año 930 nos cuenta el cronista: «*Cuando fueron obligados por esta persecución... Rabí Yesaya se atravesó el cuello con un cuchillo y lo mataron como a un cordero en el patio del templo, y rabí Menaïem cayó... en el pozo, y a nuestro maestro lo estrangularon*» <sup>13</sup>. En el 1007 hubo persecuciones en Francia, y según la tradición la primera expulsión de los judíos de Maguncia provocó una gran cantidad de conversiones en aquella ciudad.

Las persecuciones no eran continuas ni generales sino con carácter esporádico y local. La Primera Cruzada afectó a los judíos alemanes, y a los de Israel, pero vivieron en paz los de la Península; la tercera afec-

<sup>10</sup> RUNCIMAN, *Historia de las Cruzadas*, p. 137.

<sup>11</sup> Carta en M.P.L. vol. CLXVI, col. 1387.

<sup>12</sup> El famoso Maimónides decidió primero convertirse al Islam y permanecer como criptojudío, y finalmente emigró a Oriente.

<sup>13</sup> MANN, JACOB, ed. *Texts and Studies*, I, Cincinnati 1931, p. 24.

tó especialmente a los de Inglaterra pero no comprometió la seguridad de los alemanes. E incluso entre estos períodos las comunidades pudieron reconstruirse y fortalecerse. Pero el camino iniciado era inexorable.

Frente a estas acciones, más o menos aisladas, el tono general seguía siendo de reconocimiento del valor e importancia de los judíos para la sociedad medieval, y por ello las autoridades municipales y eclesiásticas mantenían la protección expresa y les concedían a las comunidades derechos especiales. El año 1084 el obispo de Spira dio a los judíos una cédula detallada que indicaba claramente su deseo de atraerlos a la ciudad. A través de un documento judío sabemos que los que acudieron eran sobre todo población procedente de Maguncia, que buscaban una ciudad fortificada para conseguir cierta protección. El año 1090 el emperador Enrique IV renovó la cédula de Spira y dio una similar a Worms. Ambos documentos garantizaban a los judíos la libertad de comercio y el derecho a vivir de acuerdo a sus leyes religiosas y sus costumbres propias. Hay que tener en cuenta que el obispo de Spira era un apoyo fundamental en la política del emperador.

Hacia finales del siglo XI llegaron muchas noticias de Oriente que relataban las desdichas de los peregrinos que viajaban a Palestina, y causaron una profunda impresión en las autoridades eclesiásticas europeas. Sobre todo la noticia de que los musulmanes habían profanado y ultrajado la tumba de Cristo y otros Santos Lugares<sup>14</sup>. La respuesta fue el llamamiento del papa Urbano II en Clermont Ferrant al finalizar el concilio allí convocado el 26 de noviembre de 1095<sup>15</sup>. La proclamación de la cruzada no fue a los jefes de las comunidades cristianas, sino a los caballeros y al pueblo. Y la invitación era a liberar Jerusalén, «*el centro de la Tierra y el segundo Paraíso*», de manos infieles, y como premio para los participantes se les perdonarían todos los pecados<sup>16</sup>.

<sup>14</sup> ZABOROV, *Historia...*, recoge las opiniones de Cl. CAHEN, «Notes sur l'histoire des Croisades et de l'Orient latin», *Boletín de la Facultad de Letras de Strarburgo* 1950, núm. 2, p. 121, *op. cit.*, nota 31. Hay quien ha defendido que los nuevos dominadores de Palestina no eran ni mucho menos agresores de los peregrinos, «carecían por completo del intolerante fanatismo religioso y que la situación de la población cristiana de Siria Palestina y Asia Menor conquistadas por los turcos en el aspecto religioso no empeoró... el único cambio fue que los peregrinos tuvieron que sustituir la ruta terrestre por una nueva marítima, porque la anarquía reinante en Asia Menor dificultaba los viajes por tierra a Jerusalem», p. 48.

<sup>15</sup> El texto del llamamiento no se conserva íntegro, y ha sido objeto de muchas reconstrucciones a través de los cronistas e historiadores. Una de las reconstrucciones más completa y rigurosa es la de D. C. MUNRO, «The speech of pope Urban II at Clermont, 1095» en *American Historical Review* 1906, Vol. XI, núm 2.

<sup>16</sup> ZABOROV en *Historia de las Cruzadas*, p. 62, acusa al papa de «arrastrar con una mentira consciente a una difícil, y para los miseros campesinos desesperada, empresa a una gran masa de personas sencillas» añadiendo que era sólo por motivos materiales. Es un ejemplo claro de la manipulación histórica de la historiografía soviética.

El cronista contemporáneo de las Cruzadas, Samuel ben Yehuda (Jehuda) expresaba así de gráficamente el sentimiento judío ante el 1096 «*Y se cernió sobre nosotros una densa oscuridad*»<sup>17</sup>, y otro posterior del siglo XII aplicó a esta situación un versículo de los Proverbios «*Las langostas no tienen rey, pero van todas juntas en bandadas*». Era la transposición de la guerra santa musulmana al ideario cristiano para restablecer al patrimonio de la Cristiandad la Tierra Santa. Pero al mismo tiempo era el desarrollo de un sentimiento típicamente germano de la venganza de sangre: La venganza de la sangre de Jesús. Era este un motivo muy próximo a las poblaciones europeas que les impulsaba a ponerse en marcha, pero que al mismo tiempo les ponía en contra de los judíos.

Por otro lado en la tradición alemana sobre el fin de los tiempos, recogida por el ermitaño Albuino en el «Tratado del Anticristo de Adson», se dice que el rey de los últimos días reinará 112 años, durante los cuales vencerá a los 22 reinos de Gog y Magog y bajo su reinado los judíos serán convertidos al Señor. Y en otro lugar se dice que el último de los príncipes del Imperio germánico irá a Jerusalén a deponer su corona y su cetro sobre el Monte de los Olivos, la identidad estaba muy clara: el descendiente de Carlomagno será el rey de los últimos días. Pero precisamente uno de los mayores enemigos de los judíos, el conde Emicho de Leisingen, se mostraba como el elegido de Dios, y a quien se le ha «prometido» el trono del sur de Italia. Se presentará como el rey de los últimos días. La Edad Media alemana era según la leyenda el escenario del gran drama apocalíptico.

En la leyenda alemana Carlomagno saldrá de la montaña, y en el Kyfhäuser es donde Federico Barbaroja aguarda el día en que recobrará el Imperio Sacro. La montaña es el refugio de los reyes de los últimos días para esperar la hora de la profecía. También Emicho espera en su montaña, pero una montaña infernal en la que expían sus pecados, junto a la que duermen los emperadores, los soldados que habían actuado con traición e iniquidad. Todas estas leyendas y tradiciones estaban plenamente difundidas a fines del siglo XI por toda Europa Central.

A principios del 1096 se reunió un gran ejército de cruzados, pero antes de que sus jefes —Godofredo de Bouillon o el duque Roberto de Normandía— terminaran de equiparlo y prepararlo, unos grupos aislados emprendieron su propia expedición y en la misma Francia comenzaron su «guerra» particular contra los infieles, empezando por los judíos, saqueando y asesinando sin tregua. La empresa según se acordó en el propio concilio empezaría en agosto del 1096, pero ya en la primavera las primeras multitudes de cruzados se habían puesto en marcha.

<sup>17</sup> KELLER, *Historia del Pueblo judío*. Barcelona 1994, p. 243.

El cronista judío del siglo XII (ben Yehuda) relata: «*Cuando pasan por pueblos donde había judíos decían entre ellos «Viajamos a tierras lejanas para buscar la casa de los débiles y difuntos (el sepulcro) y tomar venganza en los ismaelitas, pero aquí están viviendo entre nosotros los judíos, cuyos antepasados lo mataron y crucificaron sin motivo. Primero tomemos venganza en ellos destruyámoslos como pueblo para que el nombre de Israel no se vuelva a recordar o de modo que sean iguales a nosotros y se sometan al hijo de la lujuria (Jesús)»*<sup>18</sup>. El concepto de «deicidio», que ya existía en el siglo IV, empezó a ejercer su influencia de manera fatal.

Las calamidades comenzaron en Rouen (Normandía). Los cruzados arrastraron a los judíos a la iglesia y mataron a todos los que se negaron a ser bautizados. Pero aunque otras ciudades francesas sufrieron la misma suerte, las matanzas no se propagaron por esa zona sino que se desplazaron hacia el valle del Rhin, donde las comunidades estaban advertidas de la convocatoria y expansión de los cruzados. En los primeros días de diciembre de 1095 los judíos de las comunidades francesas les habían advertido de los preparativos de los cruzados, y les aconsejaban ayunos y oraciones para apartar los males que les amenazaban<sup>19</sup>. Éstos agradecieron la preocupación de sus hermanos, y, al mismo tiempo que rogaban por ellos, aseguraban llenos de confianza que por su parte no tenían nada que temer. Pero no contaron con las dimensiones que tomaron los acontecimientos, de forma que la protección del obispo y el emperador fueron inútiles.

Corrió el rumor de que Godofredo de Bouillon, duque de Baja Lorena, había hecho voto, antes de partir para Tierra Santa, de vengar la muerte de Cristo con la sangre de los judíos<sup>20</sup>. Los judíos de Renania solicitaron al gran rabino de Maguncia, Kalonymos, que enviara mensajeros a su protector imperial, y señor natural de Godofredo, para pedir ayuda. Enrique IV, que en aquel momento se encontraba en Italia, ordenó que todos los nobles y obispos protegieran a los judíos. Pero desgraciadamente pronto se demostró que el Emperador no tenía poder para controlar la situación, y sus palabras se perdieron en el aire.

<sup>18</sup> HABERMAN, A. M. DE, *La Crónica de Rabi Selomo bar Simson: Las matanzas de 1096*. Jerusalén 1946, p. 24. Según KELLER, *Historia...*, pp. 243-244, el texto de la crónica es algo diferente «*Se levantó una gentuza implacable, feroz y desenfrenada, mezcla de franceses y alemanes...Al pasar por ciudades que albergaban un núcleo de población judía, se decían unos a otros: ahora partimos para vengarnos de los ismaelitas, pero aquí atacemos ya a los judíos, cuyos antepasados crucificaron a nuestro Redentor ¡venguémonos pues primero en ellos! ¡Que el nombre de Israel sea exterminado si no se hacen iguales a nosotros y no quieren reconocer al Mesías, Jesucristo!*».

<sup>19</sup> ALPHANDERY Y DUPRONT, *Las primeras Cruzadas*, p. 53.

<sup>20</sup> RUNCIMAN, *Historia*, I, p. 138.

Cuando las bandas de cruzados pasaron el Rhin a principios del año 1096, la desgracia se cernió sobre los judíos alemanes. Los «guerreros de Cristo» asaltaron, saquearon y asesinaron durante tres meses. En los meses de abril a junio de aquel 1096 se produjeron desórdenes en la cuenca del Rhin. Los jefes de las comunidades ofrecieron importantes sumas de dinero a sus potenciales protectores para conseguir lugares fortificados y una defensa segura.

No se trataba de un ejército organizado y la única dirección aceptada hasta entonces, la de Pedro el Ermitaño, se fue disolviendo<sup>21</sup>. Se trataba de bandas desorganizadas y aisladas, lo que hacía aún más difícil su relación y las posibilidades de una negociación. Gauthier de Poissy y su sobrino llamado «Sin Hacienda», se separaron de Pedro el Ermitaño en Colonia, y estuvieron a punto de ser muertos por los búlgaros por haberse apoderado de unos rebaños. A fines de abril de 1096, un tal Volkmar, de origen desconocido, partió de Renania con unos 10.000 hombres para unirse a Pedro en Oriente, siguiendo el camino de Hungría<sup>22</sup>. Poco después el sacerdote Gottschalk (Godescal), discípulo de Pedro el Ermitaño, se quedó tras la marcha de éste para reclutar una tropa renana<sup>23</sup>, con la que se dedicó a todo tipo de violencias, y será finalmente exterminado por los húngaros<sup>24</sup>, sin ni siquiera acercarse a Oriente.

Pero sobre todos ellos fue el conde Emicho de Leisingen, quien congregó una tropa más numerosa. Era un pequeño noble con experiencia militar y con cierto carisma, que decía tener una cruz marcada en su carne como signo de victoria en la Cruzada. El cronista Alberto de Aix lo define como «hombre noble y poderoso». Se le unieron multitud de sencillos peregrinos que le creían inspirado por Dios. Con el tiempo se le incorporaron otros nobles franceses y alemanes: Zweibrücken, Slam, Viernenberger, Hartmann de Dillingen, Drogo de Nesle, Clarambaldo de Vendeuil, Tomas de la Fere y Guillermo, vizconde de Melun, llamado el «carpintero» (Charpentier) por su enorme fuerza física<sup>25</sup>.

<sup>21</sup> Para ZABOROV, *op. cit.*, p. 68, fundamentalmente eran siervos deseosos de «desprenderse de las cadenas de la servidumbre».

<sup>22</sup> RUNCIMAN, *Historia*, I, p. 138.

<sup>23</sup> Según algunas crónicas alcanzaba el número de trescientos mil, que es naturalmente una exageración.

<sup>24</sup> Para GIBBON eran «lo más estúpido y salvaje de la bazofia del pueblo; entremezclaban su devoción con brutales sentimientos de rapiña, prostitución y beodez», y añade «esta enorme chusma asumió la primera y más fácil de las guerras... contra los judíos... en las ciudades de mercaderes del Mosela y el Rhin... en Verdun, Treveris, Metz, Worms, muchos miles de estas infelices gentes fueron saqueados y masacrados; nunca habían sufrido golpe más cruento desde que los asoló Adriano».

<sup>25</sup> RUNCIMAN, *Historia*, I, p. 139.

Todos mostraban una violencia generalizada<sup>26</sup>, unos simplemente para abastecerse sobre la marcha, pero otros desarrollaron una violencia más específica y de mayor importancia, esta vez de carácter religioso, especialmente contra los judíos. Foucher de Orleans se cebó en los judíos de Salo (Praga). Otras bandas se centraron en Metz, en las ciudades renanas, en Suabia, Baviera y al final Bohemia. Y, sobre todo, los del conde Emicho de Leisingen, que se manifestaron como los mayores enemigos de los judíos; allí por donde pasaban sembraban la muerte y la destrucción<sup>27</sup>.

Estas bandas, no eran homogéneas, y las integraban fundamentalmente campesinos, y gentes de las ciudades por donde pasaban, y estaban encabezadas por miembros de la baja nobleza que, liberados de cualquier actividad, y sin expectativa de mejorar social o económicamente se incorporaron a los cruzados. Era por tanto un movimiento laico y popular en el que las gentes de iglesia estaban ausentes, y en algunos casos eran precisamente los únicos defensores de los judíos, censurando las crueldades y condenando los bautismos forzados. La miseria campesina de aquellos años favorecía las violencias. Los segundones se habían dedicado al bandolerismo y el sueño de poder conseguir fortuna y tierras en el Oriente les atraía a esta empresa.

Pero las ciudades abrieron sus puertas a los cruzados y los soldados cristianos, y sus tropas, se negaban a defender a los infieles contra sus hermanos constituidos en cruzados. Se justificaban al pensar que les ofrecían la posibilidad de la conversión. En Spira o en Colonia los obispos se mantuvieron firmes y frenaron los tumultos. En Maguncia el arzobispo trató de defender a los judíos y tuvo que huir de los cruzados para salvar la vida.

Spira había recibido recientemente del emperador un privilegio en favor de los judíos, que suponía, en teoría, una garantía de protección, pero a pesar de ello el 3 de mayo, sábado, los cruzados, a los que se habían sumado gentes de la ciudad, atacaron a los judíos. Once hombres que se resistieron a ser bautizados fueron muertos, los judíos se refugiaron en la sinagoga y cuando la masa de asaltantes iba a entrar en aquel recinto, las tropas del obispo de la ciudad, Juan, entraron en acción y restablecieron el orden. Como castigo el obispo mandó cortar el

---

<sup>26</sup> ALPHANDERY Y DUPRONT, *Las primeras Cruzadas*, p. 53.

<sup>27</sup> GROUSSET, R., *Histoire des croisades*, Vol. I, París 1948, pp. 6-11. Tiene una visión negativa de los cruzados campesinos diciendo que eran «vagabundos y criminales», «hombres sin conciencia», que tomaban la Cruz para camuflar su pillaje. «bandas» que empañaban la idea de Cruzada, etc. El espíritu de estos juicios era muy subjetivo y entendía la Cruzada como una revolución social que iba contra el orden establecido.

brazo a algunos de los agitadores de la ciudad y a los judíos les ofrece asilo y refugio en su propio palacio<sup>28</sup>.

Las noticias de los sangrientos sucesos de Spira alertaron a los judíos de Worms, y un pequeño grupo se atrincheró en el palacio del obispo Adalberto. El resto permaneció en sus casas confiando en las promesas de sus vecinos. Cuando los cruzados aparecieron un rumor se extendió rápidamente: unos judíos habían asesinado a un cristiano. El 18 de mayo se desató una explosión de vandalismo, saqueando y asesinado a numerosos judíos. Familias enteras fueron asesinadas en sus casas, y, entrando en la sinagoga, las bandas populares destruyeron los rollos de la Tora. Según los cronistas fueron muy pocos los que se dejaron bautizar a la fuerza. Muchos de ellos se dieron muerte a sí mismos, y muchas madres prefirieron matar a sus hijos y luego suicidarse antes que aceptar el bautismo. Por todas las calles de la judería resonaba entre llantos y lamentos la Shema «Escucha Israel, nuestro Dios es el Señor, nuestro Dios es único».

El 20 de mayo llegó también la hora a los refugiados en el palacio episcopal. Cuando los cruzados acamparon, amenazadores, ante el palacio, el obispo habló a los judíos e intentó convencerles para que se dejaran bautizar, ante el riesgo que corría su vida. Los judíos pidieron tiempo para pensarlo. Transcurrido el plazo concedido, el obispo mandó abrir las puertas de la sala donde se habían refugiado, y vieron un espectáculo dantesco. No había ni uno solo con vida, todos los judíos se habían suicidado. Así lo cuenta el cronista Salomon bar Simson *«El día 25 del mes de Iyar, el terror se abatió sobre los que se albergan en el palacio del obispo. Los enemigos los mataron como a los primeros y los pasaron a cuchillo. Se fortalecían gracias al ejemplo de sus hermanos, se dejaban matar y santificaban el Nombre ... cumplían la palabra del profeta: "Las madres yacen sobre sus niños, el padre cayó sobre sus hijos". Éste mataba a su hermano, aquél a sus padres, a su esposa a sus hijos; los novios a sus novias, las madres a sus hijos. Todos aceptaban de buena gana el veredicto divino, encomendando sus almas al Eterno, gritaban "Escucha, Israel, el Eterno es nuestro Dios, el Eterno es único"..."»*<sup>29</sup>. Pero los cruzados no respetaron ni a los muertos, y según la crónica *«los sacaron afuera desnudos, los cortaron a pedazos y dispersaron sus restos; no dejaron uno vivo excepto uno al que bautizaron a la fuerza. En esos dos días fueron muertos unos ochocientos; a todos los echaron desnudos en la fosa...»*<sup>30</sup>. A uno que habían bautizado

<sup>28</sup> Los datos son todos de crónicas judías y por tanto no son contrastables los recoge KELLER, *Historia...* p. 244.

<sup>29</sup> POLIAKOV, *De Cristo a los judíos de Corte*, p. 51.

<sup>30</sup> KELLER, *idem*, p. 246.

a la fuerza, el joven Simcha Kohen, se vengó sacando un cuchillo e hiriendo a tres de los asaltantes, y la multitud le hizo pedazos.

Después fue Maguncia. Acaudillados por el conde Emicho (Emerico) de Leisingen, otras bandas de cruzados se dirigieron hacia Maguncia. No era la «Cruzada de los señores» sino que pertenecían a la baja nobleza o incluso soldados de fortuna sin distinción alguna, y llevaban bandas armadas fáciles de fanatizar, animadas más por la pasión del pillaje que por el fervor religioso. Los miembros de la importante comunidad de esta ciudad pidieron ayuda al arzobispo Rutardo, y obtuvieron de él el permiso de refugiarse en su residencia hasta que el peligro hubiese pasado. Más de mil judíos se juntaron en el patio protegido por la guardia episcopal y en la azotea del amplio edificio, después de haber entregado a Rutardo todo lo que poseían de valor. No obstante, cuando Emicho apareció con sus huestes el 27 de mayo y exigió la entrega de los judíos, la guardia episcopal dejó a sus protegidos en la estacada y el obispo desapareció súbitamente.

Según el cronista Alberto de Aix por un momento los judíos intentaron defenderse con las armas: *«Tras celebrar consejo al alba Emicho y todos los de su banda, atacaron a los judíos armados con picos y lanzas... Después de romper las cerraduras y hundir las puertas los alcanzaron, y mataron a setecientos que en vano intentaron defenderse contra fuerzas demasiado superiores; las mujeres fueron igualmente exterminadas, y los jóvenes, sin distinción de sexo, también fueron pasados a cuchillo. Los judíos, al ver a los cristianos armarse contra ellos y sus hijos sin ningún respeto por la debilidad de la edad, se armaron por su parte contra sí mismos, su correligionarios, sus esposas, sus hijos, sus madres y sus hermanas, y se exterminaron mutuamente. ¡Horror causa el contarlo!; las madres tomaban el arma degollaban a los pequeños que amamantaban, prefiriendo destruirse con sus propias manos a sucumbir bajo los golpes de los incircuncisos. Sólo un pequeño número de judíos escapó a esta cruel matanza, y algunos recibieron el bautismo más por temor a la muerte que por amor a la fe cristiana»*<sup>31</sup>.

La matanza de Maguncia fue presenciada por el cronista Rabi Selomo bar Simson, uno de los pocos supervivientes de la matanza y dejó su relato de los acontecimientos: *«Cuando los hijos de la Sagrada Alianza vieron venir las numerosas bandas, empezaron a prepararse y armaron a todos grandes y pequeños; los dirigía Kalonymos ben Meschullam. Pero debido a las muchas desgracias y ayunos que habían sufrido se habían debilitado de tal forma que no podían resistir al enemigo... El día de la nueva luna de Siwan, llegó el conde Emicho, enemigo de*

---

<sup>31</sup> POLIAKOV, *De Cristo...*, p. 52.

*todos los judíos, con su gran ejército, y acampó con los cruzados y el pueblo (de los peregrinos) fuera de la ciudad, bajo unas tiendas; porque a su llegada habían cerrado... Fue el más terrible de todos nuestros opresores; no perdonaba ni a ancianos ni a muchachas y no tenía compasión ni por el sufrimiento, ni por el dolor, ni por la debilidad, ni por la enfermedad... Se situaron a la puerta de la entrada del palacio episcopal para detener a los vagabundos y ciudadanos y se entabló una lucha. Pero no estaban en condiciones de enfrentarse con el enemigo y el patio fue asaltado. Cuando vieron que su suerte estaba echada... se animaban unos a otros diciendo: suframos con paciencia y valor todo lo que nuestra sagrada religión haga recaer sobre nosotros... Pronto nos darán muerte nuestros enemigos... pero qué nos importa si nuestras almas entran puras en la luz eterna. Bienaventurado el que sufre de buen grado la muerte por el nombre de Dios único...Entonces exclamaron todos a coro. No hay tiempo que perder. El enemigo se acerca ¡ofrezcamos sin demora nuestras vidas para gloria de Dios!... A los ojos de los enemigos, que ya habían entrado, se ofreció el siguiente espectáculo. Los piadosos hombres, junto con nuestro rabino Isaac ben Moises, estaban sentados en el centro del patio, envueltos en sus mantos de oración; el rabino fue el primero en presentar su cuello, y pronto su cabeza cortada cayó al suelo; mientras tanto, los demás estaban sentados en el centro del patio dispuestos a cumplir la voluntad de su Creador. Los enemigos les atacaron con piedras y con flechas, pero los nuestros no se movieron del sitio y murieron todos. A la vista de tal carnicería, los que se encontraban en los aposentos interiores decidieron que era preferible darse muerte por su propia mano... El padre sacrificaba a su hijo, el hermano a la hermana, la madre a la hija, el vecino a su vecino y el novio a su prometida. Todos mataban para en seguida ser muertos ellos mismos. Y la sangre de los padres se mezclaba con la de los hijos, la de los hermanos con la de las hermanas, la de los maestros con la de sus discípulos, la de los que iban a desposarse y la de los niños de pecho con sus nodrizas...¿Quién oyó o vio algo parecido?...»<sup>32</sup>.*

Los heridos pedían agua, pero se negaban a aceptarla cuando eran requeridos para que recibieran al mismo tiempo el agua del bautismo<sup>33</sup>. Cuenta un caso concreto el cronista Rabí Selomo bar Simson, el de un joven «que santificó el nombre de Dios e hizo lo que no había hecho el resto de la congregación, matando a tres de los incircuncisos con su cuchillo»<sup>34</sup>.

<sup>32</sup> KELLER, *idem*, p. 246.

<sup>33</sup> HABERMAN, *La crónica de Rabi Selomo bar Simson...*, p. 39.

<sup>34</sup> HABERMAN, *idem*, p. 97.

El cronista destaca la actuación de un grupo de mujeres judías refugiadas en el castillo episcopal de Maguncia: se «*presenta la valerosa vanguardia que denostó a los que habían atacado a su Dios y despararraron dinero entre ellos para retardar la acción y ganar tiempo y poder así completar el suicidio colectivo, realizado en aras del quidus hasem*». Las mujeres les tiraban piedras y recibían golpes de las hondas que eran dirigidos a sus caras, y eran magulladas y lastimadas<sup>35</sup>.

Existe una gran similitud en la actitud de ambas crónicas, cristiana y judía, la indignación del cronista cristiano casi es semejante a la violencia narrativa del cronista judío.

Emicho mató a todos los judíos que no se habían suicidado y quemó todo el barrio judío. En los días que siguieron se sacaron mil trescientos cadáveres del palacio del arzobispo, cargados en carros fueron llevados a las afueras de la ciudad. Sesenta judíos que se habían escondido en la catedral consiguieron huir, de momento, pues poco después se les descubrió y también fueron muertos. Dos de los pocos que habían aceptado el bautismo, fueron presos de la desesperación: Isaac ben David, uno de los jefes de la comunidad —que había cedido a bautizarse para salvar la vida de su madre— y Uri ben Joseph, prendieron fuego a sus propias casas, después penetraron en la sinagoga y le prendieron fuego también, y ambos murieron entre las llamas. El incendio se extendió y redujo a cenizas buena parte de la ciudad.

El gran rabino Kalonymos, con unos cincuenta correligionarios, habían huido de la ciudad hacia Rudesheim, pidiendo ayuda al arzobispo que se encontraba en su finca campestre. El arzobispo viendo el terror de los visitantes, le pareció el momento oportuno para lograr su conversión. Kalonymos no lo pudo soportar, y empuñando un cuchillo se abalanzó sobre el señor del lugar, la guardia intervino impidiendo que consumara su acción, y el rabino y sus compañeros fueron ejecutados<sup>36</sup>.

La matanza de Maguncia influyó poderosamente en la mentalidad de los judíos contemporáneos y de épocas posteriores. Para el cronista Bar Simson lo que hubo fue un combate y los judíos lucharon con fuerza y valor para defender Israel y santificar el nombre de Dios. Lo que más lamenta es que la derrota se produjo frente a los gentiles, cuando «*grandes y chicos vistieron coraza y tomaron armas de guerra*» en una lucha desigual entre los guerreros de amplia experiencia y los judíos que sólo tenían experiencia en «*rezos y preces*»<sup>37</sup>.

Rabí Selomó, que sufrió en sus propias carnes la matanza de Ma-

<sup>35</sup> HABERMAN, *idem*, p. 33.

<sup>36</sup> RUNCIMAN, *Historia*, I, p. 140.

<sup>37</sup> BEN SASSON, *Historia del Pueblo Judío*, p. 492.

guncia, atribuyó la derrota de los judíos de su ciudad al cansancio físico, provocado por la piedad y el ascetismo de la comunidad: «*Por la gran cantidad de trastornos soportados y los ayunos que cumplían no tenían fuerza para oponerse al enemigo*»<sup>38</sup>. Estos relatos del siglo XII establecen una cierta equiparación entre los combatientes judíos y los cruzados, el combatiente judío es como un intrépido caballero que ataca al enemigo y desafía a la muerte cuando ve que sus hermanos «*son matados, arrojados a un lado y pisoteados como inmundicia en la calle*», salvándose solamente aquéllos que abandonaban la fe.

Se recogieron en las crónicas relatos que ejemplificaban el valor de los «combatientes» judíos: el piadoso señor David, el «ordenanza», «*se burla de la muchedumbre cruzada hasta el fin. Invita a los malvados y... a los ciudadanos... a que vayan todos a él. Los cristianos creen que el judío está por someterse. La multitud se reúne jubilosamente «a millares» rodeando la casa del judío; entonces el piadoso luchador sale, denuncia la religión cristiana y declara su completa creencia en la redención de su alma como judío*».

«*Cuando oyen las palabras del piadoso se sienten enfurecidos, porque el hombre les hace reproches y les señala su vergüenza; y alzando sus estandartes... comienzan a gritar y dar voces en nombre del crucificado, y se lanzan sobre él y lo matan... Allí cayó el justo juntamente con su familia*»<sup>39</sup>. Era una incitación a la muchedumbre cristiana que le costó la vida al hombre de fe que los había provocado. La purificación por el suicidio.

Los judíos trataron de defenderse por todos los medios. En algunas ciudades salieron a las puertas para defenderse, pero no podían hacer frente a un ejército entrenado y revestido de armadura, y cayeron a «millares»<sup>40</sup>. La Guerra Santa en el sentido cruzado prendió también entre los judíos pero en el sentido de purificación interior, de defensa de la propia fe.

Emicho llegó a Colonia hacia el primero de junio, domingo de Pentecostés, pero como ya había habido algunos tumultos antijudíos en abril, los judíos se dispersaron por las localidades cercanas, y en la pro-

<sup>38</sup> HABERMAN, *op. cit.*, p. 30.

<sup>39</sup> HABERMAN, *op. cit.*, p. 36.

<sup>40</sup> BEN SASSON, *op. cit.*, p. 491, establece valoraciones subjetivas e incontrastadas sobre números y condiciones de los combatientes, dando por buenas las expresiones de las crónicas. Es evidente que las bajas fueron numerosas, pero las poblaciones eran muy reducidas en aquella época y por tanto el término millares debe tomarse con un carácter genérico. Y entender que el ejército de Pedro el ermitaño, primero, y de Balduino o incluso Emicho, después, estaban bien entrenados es algo exagerado. Esto no es óbice para entender que se trataba de una lucha tremendamente desigual, no tanto en lo físico, que lo era, al ser hombres de guerra los que mandaban a los cruzados, como en lo moral.

pia ciudad los judíos encontraron protección: muchos cristianos escondían a familias judías en sus casas. El obispo Herman III los distribuyó en grupos por los pueblos y lugares de las cercanías de la ciudad que eran propiedad suya. Cuando a principios de junio una banda de cruzados entró en la ciudad se encontró con que las casas de la comunidad judía estaban vacías, y una pareja de judíos que permanecían en la ciudad, se negaron a apostatar y fueron muertos. Encolerizados lo destruyeron todo, y también la sinagoga quemando la Torah.

Tres semanas más tarde Emicho y su gente habían ya descubierto los lugares en donde se refugiaron los judíos de Colonia. Los que estaban escondidos en Neuss, Welfinghofen y Xanten, Moers, Geldern y Alternahr sufrieron el mismo destino que los demás, y también muchos escogieron el suicidio. Muchas familias se echaron al Rhin y el número de los que se dieron muerte a sí mismos fue muy elevado. Con una fuerza de espíritu rayando en lo sobrenatural, los judíos resistieron a la tentación de salvar sus vidas a cambio del bautismo y sufrieron el martirio por su fe<sup>41</sup>. Después de lo de Colonia, Emicho decidió que su labor en Renania había terminado, y a principios de junio con una gran tropa se dirigió hacia Hungría. Una parte de sus seguidores se quedaron y decidieron expurgar de judíos el valle del Mosela. Unos días más tarde estaban ya en Treveris.

Sólo en Treveris y luego en Ratsibona, consiguieron los cruzados el bautismo en masa de la comunidad. La mayoría de los judíos de la comunidad habían sido puestos a salvo en el palacio del arzobispo, pero según se acercaban los cruzados, y las noticias de sus matanzas en otros lugares, algunos judíos, presa del pánico, empezaron a luchar entre sí, mientras otros se arrojaban al Mosela ahogándose. *«Cuando se acercaron a Treveris...»* cuenta un cronista *«algunos judíos que vivían allí... tomaron a sus hijos y les hundieron un cuchillo en el vientre diciendo que debían enviarlos al seno de Abraham a fin de que no se convirtieran en una pelota en manos de los maniacos cristianos. Algunas de las mujeres se llenaron las mangas y los corpiños con piedras y se echaron al río desde el puente. Los demás que todavía tenían algún interés por la vida amontonaron todos sus bienes y huyeron al palacio donde precisamente en aquellos días se encontraba el arzobispo Eguilberto y, con lágrimas en los ojos, le suplicaron que les concediera su protección. El arzobispo aprovechó la ocasión para amonestarlos a que se bautizaran... Terminada la amonestación, un rabino llamado Micha se adelantó y rogó al arzobispo que les enseñara, cosa que él hizo, explicándoles el contenido de la religión católica. Entonces exclamó*

---

<sup>41</sup> KELLER, *op. cit.*, p. 247.

*Micha: Pongo a Dios por testigo de que yo creo lo que tú acabas de exponer y de que apostato del judaísmo; cuando los tiempos serán más tranquilos lo estudiaré con más detalle. Ahora bautízanos rápidamente a fin de que podamos escapar de nuestros enemigos. Lo mismo dijeron todos los demás judíos. Entonces el arzobispo le bautizó y le dio su nombre, y los sacerdotes que se encontraban allí bautizaron a los demás. Éstos últimos abandonaron la fe católica al año siguiente, pero el rabino permaneció fiel al arzobispo y a su nueva religión»<sup>42</sup>. Para convencer a sus correligionarios el rabino Micha (Miqueas) utilizó un argumento de peso «era preferible ser cristiano que temer por la vida día y noche».*

En Metz, donde perecieron veintidós judíos, también se llevaron a cabo bautismos en masa. En Ratisbona (actual Regensburg) los cruzados y algunos ciudadanos cristianos echaron a las familias judías al Danubio, colocando una cruz de madera sobre las aguas del río y les obligaron a que se hundieran por debajo de ella para bautizarlos. Se produjo el caso insólito de que toda una comunidad judía recibiese el bautismo de pie, en el Danubio.

Durante tres meses, hasta la vuelta de Enrique IV, la muerte y el terror se cernieron sobre las comunidades del Rhin bañándolas en sangre. «*En el tercer día del tercer mes*» dice un canto judío «*los lamentos no tenían fin... Cubriré con torrentes de lágrimas los cadáveres de Spira... y me lamentaré amargamente por la comunidad de Worms... Y mis gritos de dolor resonarán también por las víctimas de Maguncia*». En las provincias del Rhin fueron muertos unos doce mil judíos desde el mes de mayo al mes de julio del año 1096.

Cuando los cruzados continuaron su marcha en el verano del 1096 la mayoría de los judíos del Rhin habían sido asesinados u obligados a la conversión. Continuaron su camino y nuevas ciudades fueron objeto de saqueos y matanzas, así fue el caso ya mencionado de Ratisbona y luego de Bohemia, en concreto la ciudad de Selo (puede ser Praga). Volkmar y sus seguidores llegaron a Praga a fines de mayo. El 30 de junio empezaron las matanzas de judíos. Las autoridades fueron incapaces de contener a los cruzados y los judíos de Praga fueron obligados al bautismo; los que se resistieron fueron muertos. El obispo Kosmas clamó en vano contra los bautismos forzosos. Cuando los neófitos de la comunidad de Praga empezaron a emigrar a Polonia y a Hungría para poder practicar abiertamente su religión, el príncipe Vratislav II ordenó que fuesen desposeídos de todos sus bienes. Justificó esta medida diciendo que «*Ciertamente, no trajisteis ninguna riqueza de vuestra Jeru-*

<sup>42</sup> KELLER, *op. cit.*, p. 247.

*salén cuando vinisteis a Bohemia; llegasteis desnudos a este país y desnudos tenéis que salir de él*<sup>43</sup>.

Ninguna de las bandas irregulares de cruzados que sembraron el terror llegó a su destino: Tierra Santa. Por el camino fueron dispersadas y destruidas: «*Después de las crueldades que habían cometido*» escribe el cronista cristiano Alberto de Aquisgrán, «*y cargados con el botín obtenido de los judíos, esta gentuza insoportable compuesta por hombres y mujeres continuó su viaje a Jerusalén y pasaron por Hungría...*» Las tropas del rey húngaro Kolomán les aniquilaron cuando empezaron a devastar el país. Y añade Alberto de Aquisgrán «*todo esto era obra de Dios contra los peregrinos que ante su rostro habían pecado de impureza y depravación y que habían asesinado a los judíos apátridas que, si bien son enemigos de Cristo, habían sido sus víctimas más por codicia que por la causa de Dios*»<sup>44</sup>.

El conde Emicho a la cabeza de su ejército teutónico no llegó nunca a Jerusalén; después del asedio de Wieselburgo, en Hungría, y una derrota casi completa de sus tropas tuvo que volverse por donde había venido muriendo en el regreso. Según la leyenda vive aún en una montaña próxima a Worms con otros hombres armados que salen por la noche y vuelven a ella a hora de nona: son las almas de los soldados que en vida habían cometido terribles crímenes. El día de su muerte, hacia 1117, numerosas estrellas cayeron del cielo en forma de gotas de sangre.

El emperador y el papa condenaron severamente los excesos de los cruzados. Enrique IV regreso de Italia, encolerizado y lleno de horror por las crueldades sucedidas en su ausencia, a petición de Moises ben Jukutiel, de Spira, otorgó oficialmente el permiso para que todos los judíos que hubiesen sido obligados por la fuerza a bautizarse pudieran, sin incurrir en delito, abrazar de nuevo públicamente el judaísmo. Los que se convirtieron en un momento de debilidad retornaron en cuanto pasó el peligro al judaísmo. La actitud sin precedentes de Enrique IV al permitirles volver al judaísmo provocó la reacción del papado. Clemente III escribió al obispo de Bamberg: «*Hemos oído que se ha permitido a los judíos bautizados desertar de la Iglesia. Tal cosa es increíble y pecaminosa, y Nos exigimos de ti y de todos nuestros hermanos que se preocupen de que el Sacramento de la Iglesia no sea profanado a causa de los judíos*».

Pero el emperador continuó firme en su decisión. Ordenó una investigación minuciosa del asesinato de judíos, a consecuencia de la cual el

---

<sup>43</sup> KELLER, *op. cit.*, p. 248.

<sup>44</sup> EISENBERG, *Historia*, p. 249.

arzobispo Rutardo y su corte fueron castigados por haberse enriquecido a costa de los bienes de los judíos de Maguncia. En 1103 se proclamó una tregua que benefició a los judíos. El retorno al judaísmo se realizó mediante el pago de un canon, y los bienes de las víctimas sin herederos fueron confiscados en beneficio del tesoro real. El 1104 se reconstruyó la sinagoga de Maguncia, lo que demuestra claramente la vitalidad de los judíos alemanes sólo ocho años después de las matanzas de la primera Cruzada, y su confianza en el futuro.

Los asaltos de los cruzados el 1096 podían haber sido sólo un episodio aislado, y así se lo parecía a los contemporáneos, pero el cambio en la mentalidad europea era ya inevitable. En sus efectos inmediatos la primera Cruzada no entorpeció el desarrollo del judaísmo<sup>45</sup> en Europa, pero cavó entre judíos y cristianos una zanja que se fue ensanchando en el transcurso de los siglos siguientes, hasta la casi desaparición de los judíos de la Europa occidental<sup>46</sup>.

La consecuencia más destacada de los acontecimientos del 1096 fue el golpe que recibió el clima de tolerancia en el que vivían hasta entonces los judíos. Hasta la primera Cruzada, y aun en el siglo XII, los judíos no eran considerados como seres apartados. La Cruzada abrió una primera brecha en su situación jurídica, social y moral. Presentaba a los judíos como intrusos, como indeseables, como fuera de la ley. Se podía pensar en despojarlos o matarlos impunemente. Es cierto que sólo era en principio un sentimiento popular, y no había una opinión pública formada, contando con el rechazo de los grupos dirigentes, y al que se opuso la Iglesia y las autoridades civiles. Pero fue el principio de un sentimiento que se institucionalizó, y formó parte de la conciencia colectiva en la que se desarrollaba la sociedad y la legislación medieval.

#### LAS MATANZAS DE JUDÍOS EUROPEOS EN LAS OTRAS CRUZADAS

La paz duró casi medio siglo. Hasta que el Reino latino de Jerusalén, amenazado por los guerreros musulmanes de Siria, se vio en peligro de desaparecer. El año 1146 el papa Eugenio III y el abad de Clairvaux, Bernardo, realizaron el llamamiento a la Cruzada. En esta ocasión

---

<sup>45</sup> POLIAKOV, *De Cristo...*, p. 53. Establece una comparación muy expresiva que ejemplifica la fortaleza del judaísmo europeo «al igual que una hoja de acero incandescente brusca-mente sumergida en agua helada adquiere una elasticidad y una solidez a toda prueba, así también la brusca prueba del verano de 1096, semejante a un estallido atronador en un cielo azul, sirvió para forjar la capacidad de resistencia que desde entonces han demostrado tener los judíos europeos».

<sup>46</sup> EISENBERG, *Historia*, p. 242.

también el emperador Conrado III se manifestó partidario de participar en la empresa y tomar la cruz.

Una bula pontificia, nuevamente, trató de motivar la participación en la Cruzada y en virtud de ella los que tomaran parte en la empresa quedarían libres del pago de deudas a sus acreedores. El papa proclamó una moratoria para los intereses que debían los cruzados. Por primera vez se utilizó el término «judaizar» para referirse al préstamo a interés; San Bernardo al referirse a los prestamistas cristianos que abusaban de la situación señalaba: *«donde no hay judíos, los prestamistas cristianos de dinero judaizan de una manera todavía peor»* y añadió algo aún más interesante, *«si es que corresponde calificarlos de cristianos y no de judíos bautizados»*. Sin quererlo el abad de Clairvaux abría una peligrosa puerta al antijudaísmo.

El abad de Cluny, Pedro el Venerable, uno de los más ardorosos propagandistas de la Cruzada, comenzó una campaña de agitación contra los judíos, y en una carta al rey de Francia decía <sup>47</sup>: *«¿Para qué tenemos que ir a buscar a los enemigos de Cristo a lejanos países, si los sacrílegos judíos, que son mucho peores que los sarracenos, viven entre nosotros y profanan impunemente a Cristo y a su Iglesia?... Yo no pido que esta gente, sobre la que pesa la maldición, sean reos de muerte, pues está escrito: ¡no matarás! Dios no quiere que sean exterminados; mas bien, igual que el fratricida Caín, deben continuar existiendo para que sufran grandes tormentos y gran vergüenza y a fin de que la vida les sea más amarga que la muerte misma. Son miserables, sometidos, oprimidos, temerosos, y así deben continuar hasta que se hayan dirigido hacia el camino de salvación. No debes matarlos sino castigarlos de una forma adecuada a su bajeza»*. Estaba proponiendo en el fondo la posibilidad de confiscar los bienes de los judíos para financiar la Cruzada.

En el Rin, nuevamente se extendió la hostilidad. Un monje llamado Radolfo fue de ciudad en ciudad predicando la conversión o el exterminio de los judíos *«Vengaos primero de los enemigos de Cristo que viven entre nosotros y marchad luego a luchar contra los turcos»*. Y como consecuencia en agosto de 1146 se produjeron en esta región tumultos y ataques. La multitud exaltada asesinó a varios judíos en los alrededores de Colonia y Spira.

Incluso la propia jerarquía eclesiástica se encontraba indefensa ante tales agresiones. En Maguncia, donde el arzobispo Enrique I había dado asilo a algunos perseguidos, el populacho entró en la residencia del arzobispo y los asesinó ante sus propios ojos. San Bernardo, en un escrito

---

<sup>47</sup> KELLER, *op. cit.*, p. 249.

que mandó difundir por Francia y Alemania, se opuso enérgicamente a las violencias contra los judíos y en concreto a las predicaciones de Radolfo, y advertía expresamente de la obligación de respetar a los judíos: «*no se debe perseguir , matar ni expulsar a los judíos*», que era remarcar nuevamente la doctrina de la Iglesia, y explicando de nuevo la vigencia del principio de pueblo testigo: la conservación de los judíos es necesaria para estimular la conciencia de los cristianos: «*son símbolos vivientes para nosotros porque recuerdan sin cesar la pasión de Nuestro Señor. Por eso están dispersados por todos los países, para que, mientras explían ese crimen tan grande, sean al mismo tiempo los testigos vivientes de nuestra redención*». Llegó incluso a visitar a Radolfo en Alemania para convencerle de que suspendiera sus predicaciones.

Pero las pasiones y la hostilidad se había ya desatado. Era difícil que las masas populares comprendieran un razonamiento tan sutil en el que al mismo tiempo que acusaba a los judíos del más horrible de los crímenes pedía que se les perdonara.

En Halle y en Magdeburgo se echó a las familias judías de la ciudad poniéndolos literalmente en las puertas de la ciudad. En Wüzburgo un grupo de cruzados asaltó la judería en febrero del año 1147, y más de veinte judíos encontraron la muerte. entre ellos el rabino Isaac ben Eliakim. Los restantes debieron el favor de conservar sus vidas al obispo de la ciudad, que les concedió asilo y protección en su palacio fortificado. En la primavera del año 1147 las persecuciones se extendieron al Norte de Francia y muchos judíos perdieron sus vidas en Ham, Sully y Carentan. El 8 de mayo bandas de cruzados atacaron las comunidades de Ramerupt, asaltaron la casa del célebre rabino Jacobo Tam, cabeza de las comunidades de los judíos franceses, lo saquearon todo y destrozaron la Torah. Sólo la enérgica intervención de un caballero impidió que fuese asesinado.

La situación para los judíos hubiese sido todavía peor si no hubiesen disfrutado de la protección del emperador Conrado III y de algunos príncipes de la Iglesia. El obispo cardenal Arnolfo de Colonia les cedió la fortaleza de Wolkenburg, cerca de Königswinter, «la más fuerte de toda Lorena», e incluso les permitió que se armaran. El emperador ordenó que se acogieran refugiados judíos en Nuremberg y en otras ciudades fortificadas. Sin embargo, en los caminos ningún judío estaba seguro. No volvió la paz hasta que los Cruzados franceses y alemanes se retiraron, y los judíos pudieron respirar de nuevo, ya era agosto de 1147.

Con la tercera Cruzada (1189-1193) la desgracia cayó también sobre los judíos de Inglaterra. Habían llegado por primera vez a este país con los conquistadores normandos después del año 1066, estableciendo algunas comunidades en las ciudades de la costa sur. En Londres se desa-

tó la primera tempestad durante las fiestas de la coronación de Ricardo Corazón de León en la abadía de Westminster. Este acto había congregado una gran expectación, no sólo por el hecho mismo del acto político, sino también porque Ricardo se había comprometido a emprender inmediatamente después la Cruzada, lo que le daba un contenido religioso al acontecimiento.

El domingo 3 de setiembre de 1189, una muchedumbre de gente deseosa de espectáculo, tanto habitantes de Londres como cruzados, se apiñaban ante la abadía. Empezaron a llegar delegaciones para acatar al nuevo monarca, y entre ellos había también representantes de los judíos ingleses. Al llegar a pocos pasos del lugar de la coronación, se les detuvo. Dos de ellos que se habían abierto camino entre la multitud hacia el patio, fueron azotados por la guardia y echados de allí. Entre los presentes corrió el rumor de que el propio rey había ordenado que se despidiera a los representantes judíos. Se produjo un tumulto que degeneró en una cruenta persecución. En todo Londres la muchedumbre se ensañó contra los judíos, que fueron asesinados y sus casas saqueadas e incendiadas. Muchos jefes de comunidades judías que habían llegado para la coronación fueron muertos, entre ellos el rabino Jacobo de Orleans, sabio talmudista.

El rey no tuvo noticia de los sangrientos sucesos hasta la celebración del banquete. Envió inmediatamente mensajeros para que pacificaran al pueblo. Pero hasta el día siguiente no pudo restablecerse la tranquilidad. Durante toda la noche continuó la matanza a la luz de las llamas que devoraban las casas y sinagogas. Indignado, Ricardo Corazón de León ordenó que se procediera enérgicamente contra los culpables, pero curiosamente no se pudo encontrar ninguno.

De nada sirvió ya que el rey hiciera proclamar por todo el país que debía protegerse a los judíos. Lo que había sucedido en la ciudad londinense se repitió en toda la provincia. En Norwich, Bury, Stanford, Dunstable, Lynn y en otras ciudades, donde bandas de cruzados y habitantes del lugar se juntaron para atacar a las comunidades judías. En toda Inglaterra se había extendido un estado de ánimo desfavorable para los judíos. El fanatismo había arraigado en amplios círculos de la población.

Apenas había abandonado el rey el reino para incorporarse al ejército de cruzados, a principios de 1190, cuando en York se produjo una nueva oleada de persecuciones. Al empezar los ataques en la capital, los judíos, sabedores de lo acaecido en Londres, se refugiaron en el palacio real donde el comandante les había concedido asilo. Cruzados y ciudadanos sitiaron el palacio real, y esperaron hasta que a los refugiados se les hubieron terminado las últimas provisiones. Entonces los ancianos de la comunidad hablaron de lo que podía hacerse en aquella situación sin

esperanza. El rabino Yom Tov ben Isaac de Joigny dijo a su comunidad «*Está claro que la voluntad del Dios de nuestros padres es que perdamos la vida por nuestra sagrada religión. Tenemos ya la muerte ante nosotros y sólo nos falta meditar de qué forma debemos abandonar la vida con mayor dignidad. Si caemos en manos de nuestros enemigos, nuestra muerte no sólo será horrible sino también deshonrosa. No sólo nos martirizarán sino que además nos humillarán y deshonrarán. Por todo ello éste es mi consejo: el Creador nos ha dado la vida, así que devolvámosla al Creador por nuestra propia mano. Muchos hombres valientes y comunidades enteras nos han precedido con su ejemplo*»<sup>48</sup>.

El 17 de marzo de 1190, en la noche del Seder, víspera de la Pascua, «el gran sábado», el rabino y la mayoría de los miembros de la comunidad se suicidaron. Los padres mataban a sus mujeres e hijos y luego se mataban a sí mismos. A la mañana siguiente cuando los asaltantes abrieron las puertas, un silencio mortal envolvía el palacio. No quedó ni un alma con vida. Longchamp, el canciller y regente, que había solicitado ayuda para evitar la catástrofe sin éxito, ordenó que se hiciera una minuciosa investigación, Fue infructuosa, pues los cabecillas de la agitación y los cruzados culpables habían desaparecido.

Entre 1189 y 1190 fueron saqueadas con inusitada violencia las comunidades de Londres, Norwich, Burg, Lynn, Dunstable y Stanford, además del suicidio de York. El judaísmo de Inglaterra nunca se repuso completamente de las pérdidas que sufrió. El Occidente cristiano que había aceptado en un principio a los judíos, y les había dado un lugar donde vivir y prosperar se mostraba claramente hostil. Después de la segunda Cruzada se formó en la conciencia de los judíos la sensación de inseguridad crónica.

(Concluirá)

---

<sup>48</sup> KELLER. *op. cit.*, p. 251.